



La etnología araucana en el Poema de Ercilla

POR

TOMAS GUEVARA

(Continuación)

CAPITULO VII

El pensamiento colectivo i los sentimientos del indígena

Si las funciones intelectuales del araucano, propias de la mentalidad detenida, son incompatibles con las formas superiores de nuestra lógica, por el lado del pensamiento colectivo i por el de los sentimientos, este desacuerdo se ahonda más todavía.

En una tribu o familia de tribus, las operaciones discursivas o del razonamiento se correspondían necesariamente con la estructura social, que producía razonamientos sociales o modos de pensar colectivos.

Es opinión uniforme de investigadores contemporáneos que en las agrupaciones bárbaras, mucho más que en las progresivas, toda la vida mental del individuo se hallaba socializada en alto grado; porque, en primer lugar, sus percepciones estaban envueltas en esos elementos de lo prodijioso, que eran de naturaleza colectiva.

Este pensamiento colectivo se remonta a los períodos lejanos de los grupos totémicos. Entonces cada totem estaba ligado a una localidad, a una extensión de tierra bien determinada. Aquí residían los espíritus de los antepasados i los individuos que habitaban este espacio tomaban su nombre del que tenía esa localidad, se diferenciaban en particularidades dialectales de los otros grupos i poseían agentes mágicos, talismanes i mitos propios. Cada miembro del clan sentía una especie de unión sagrada i misteriosa con su grupo social, i esta unión se extendía a todos los seres i objetos del grupo, con los cuales los individuos se creían ligados con los mismos lazos que unían a las personas. Por eso las armas, los útiles domésticos, los instrumentos de juego debían ser de árboles o materia prima del grupo.

No existía la conciencia clara de una individualidad verdaderamente una. Tales circunstancias debían influir forzosamente en el modo de pensar. Esta relación entre la organización social i el mecanicismo del pensamiento, se transmitía en el trascurso

de las jeneraciones hasta llegar a los períodos relativamente modernos; llegaba atenuada si se quiere por el cambio de antepasado animal en humano, pero llegaba.

No quiere decir esto que el bárbaro carecía por completo de ideas individuales. Cuando sentía i obraba independientemente de sus representaciones colectivas, las inferencias que formaba eran razonables: si se le perdía un animal, si buscaba un vado, si ejecutaba cualquier acto de la vida ordinaria, procedía más o menos como nosotros; pero esa actividad mental no obedecía a las mismas leyes que la nuestra. Junto a las ideas individuales iba acumulada una gran suma de representaciones colectivas, mui superior a las nuestras, que se rejían por las leyes especiales de la lógica de sociedades bárbaras. Esas representaciones no sometidas al principio de contradicción, se ligaban unas con otras de un modo absurdo para nuestro criterio.

Muchas veces las ideas colectivas se manifestaban más apremiantes que las individuales. Vimos un día que un indio buscaba un paso en el río Cautín, al este de Temuco; recorrió un trecho como de una hectárea hasta que halló el vado; pensó un momento i se echó al río en otra parte. En la ribera opuesta le preguntamos por qué no había usado el paso común i nos respondió, después de algunos rodeos i de penetrarse de nuestro conocimiento de sus costumbres, que ahí, decían otros mapuches, habitaba un *nürü-filu*, animal mitológico de cola mui larga i cabeza de gato.

Los cuadros emocionales son mucho más completos, más profundos i decisivos en las sociedades bárbaras

que en las civilizadas, como quiera que aquéllas viven envueltas en el complejo de lo misterioso, oculto i sagrado que anima su ambiente físico i social.

Fuera de las emociones individuales, que dependen de una reacción inmediata del organismo, nada aparecía tan socializado entre los araucanos como su modalidad sentimental: todos sentían de igual manera; los sentimientos se fundían en moldes más fijos aún que los de las operaciones intelectuales.

Fuentes copiosas e inestinguibles que llevaban un cúmulo de emociones intensas al alma del araucano, eran los mitos aterradorantes, la representación del mal universal (*wekufü*); los espíritus de sus mayores, que erraban tristes i solitarios cerca de ellos i los que vagaban libremente por el espacio acechando la oportunidad de hacer daño; los brujos invisibles i semejantes a los anteriores a veces i esteriorizados como personas o animales en otras; los actos májicos de los intermediarios entre los hombres i los espíritus benefactores; la vida futura, con la facultad de reviviscencia o reencarnación.

La concepción del alma era otro hecho característico de las emociones sagradas o religiosas del araucano, no concebida según la idea tradicional del doble o alma fantasma i principio vital, sino por una serie de representaciones más completas.

La preocupación de hallar que comer constituía el fondo de la vida emocional de nuestros indíjenas anteriores i coexistentes a la conquista española. Todas sus actividades como la caza, la pesca, la agricultura incipiente, la rebusca de frutos espontáneos i todas sus instituciones, hasta la guerra, tendían a la satisfacción inmediata i a veces dudosa de la ne-

cesidad nutritiva. Verdad es que este móvil imperioso obra también en el civilizado; más, no con la gran elasticidad e incertidumbre del bárbaro. Integran la existencia del hombre culto otras preocupaciones i otras necesidades, como las afectivas i las intelectuales de orden superior.

El placer de la embriaguez se fundía en el sentimiento tan hondo de la alimentación cotidiana i eventual.

Ligada a las exigencias incontenibles del estómago, se encontraban las costumbres guerreras en los agregados de parientes araucanos. Era el motivo primordial, fuera de otros de menos trascendencia, de los choques: defender o invadir los campos de frutos naturales i de pequeños cultivos, guardar a mano armada el rebaño del único animal doméstico de antes i del período de la conquista española, el *weke*, especie de llama aclimatada i reproducida en condiciones distintas de su medio de origen, desaparecida después por el efecto de la concurrencia vital de otras europeas. Fué por estos tiempos la sola unidad monetaria de los caciques, reemplazada después por el animal vacuno.

Intensificábase en extremo el estado emocional del indio con esta obsesión colectiva para prever i resistir las sorpresas del enemigo de la misma raza i sobre todo, la del hereditariamente aborrecido español, o bien para llevar hasta ellos el ataque de las armas i de la rebatiña.

Los sentimientos de otro orden que los sagrados o mágicos eran tan numerosos entre nuestros indíjenas como entre los civilizados; pero, por lo jeneral, no re-

vestian, la duración ni el sello psicológico o intelectual de los últimos.

El amor paterno i el filial, si bien es cierto que se distinguen por su extensión, se diversifican bastante de los mismos sentimientos de las personas cultas: el último es menos firme que el primero i éste carece del concepto elevado de la responsabilidad i de la inculcacion de nobles ideales; le falta, en suma, la imperiosa regla moral del hombre civilizado.

El afecto por los niños, la asistencia a los pobres i enfermos se manifestaba débil para las personas extrañas al agregado de parientes. Los sentimientos de benevolencia, por lo jeneral, se circunscribían así al corto radio de la comarca.

La amistad aparece limitada por el estrecho interés de la recíproca.

El amor sexual tampoco ha salido de los límites de las funciones fisiológicas; le falta la marca psicológica que es la expresión más alta de este sentimiento.

Sin embargo, Ercilla ha creado en las mujeres araucanas, dotadas de instinto sexual, un amor idealizado como el de los poetas: aparecen hasta sentimentales, como eran las de clases superiores en España. Este sentimiento poético, artístico, en una palabra, contribuyó, a no dudarlo, a la popularidad del poema entre las lectoras españolas de entonces i las chilenas de ahora; pues unas i otras circunscriben preferentemente sus aficiones literarias a todo lo que tiene una relación inmediata con el amor. Esta inclinación femenina, con honrosas escepciones, explica el tedio o la indiferencia por todas las obras maestras en que la belleza no derive del amor. En este número se cuenta *El Quijote*, en el cual aparece ridi-

culizado el sentimiento que domina en tanto grado el contenido psico-sexual de la mujer. El amor paranoico del protagonista de la novela, su nostalgia espontánea, sus ideas delirantes de grandeza i de persecucion de jente celosa, su inaptitud para la vida práctica, que lo hace víctima de burlas; su vida entre fantasmas i aparecidos, es más adaptable a la psiquis masculina.

La condición deprimida, de servidumbre dura i continua de la mujer araucana, sometida a la voluntad caprichosa i despótica del hombre que se unía a ella, no podía favorecer el amor romántico con que la embellece Ercilla. La joven dada a un hombre revestía valor monetario, calculado en animales i especies; por eso pasaba a ser cosa poseída a título de objeto mobiliario. Su menor desviación en las interdicciones o en la fidelidad, merecía severísimas penas.

La soltera gozaba de libertad amorosa a veces bastante amplia. En ocasiones sus padres hacían pagar en animales las violaciones i atentados contra las que no usaban aún de esta libertad con la extensión de otras (1).

Eran frecuentes el aborto i el infanticidio, que no merecían observación alguna de parte de los demás, porque la que lo ejecutaba no lesionaba intereses ajenos sino que obraba en lo propio.

El pudor era naturalmente relativo en esta colectividad, como en todas las retrasadas, puesto que es un sentimiento delicado que las sociedades adque-

(1) Informes recojidos por el autor.

ren lentamente, a medida que aumenta el desenvolvimiento moral i el arte de la vestimenta. La vida íntima resulta poco recatada entre los indios.

El estudio del carácter de los araucanos marca igualmente otras diferencias en la mentalidad de las dos razas.



CAPITULO VIII

El carácter araucano en el poema

El análisis de los hechos espuestos en los capítulos que preceden parece dejar comprobada la tesis esencial que este libro trata de establecer sobre la profunda diferencia de las mentalidades españolas i araucana, i de consiguiente, sobre la diversidad en sus maneras de sentir, pensar i obrar.

Una de las causas que producen esta discrepancia i que hemos tratado de esclarecer es la de los elementos de lo prodijioso i de la lójica especial que obran en la mentalidad de los bárbaros, factores que evolucionan en el trascurso de los periodos, pero que no desaparecen por completo.

Los araucanos de la época anterior a la conquista, de una organización totémica o próxima a ella, tuvieron necesariamente funciones mentales en las que lo portentoso i la lójica primitiva predominaban enérgicamente.

La participación de esencia entre el grupo social con los grupos ambientes de seres i objetos se realizaba de un modo directo e inmediato por las instituciones i las ceremonias. Existían en aquella época solo estados mentales de una intensidad emocional excesiva. La conciencia individual permanecía estrechamente fundida a la colectiva; la primera no podía desembarazarse absolutamente de ésta: el individuo vivía i sentía con la comunidad.

Los araucanos de la conquista i de los siglos sucesivos pertenecieron a un tipo de mentalidad más evolucionada; en la cual aparecían modificadas las representaciones colectivas de lo misterioso del ambiente i de la participación de esencia entre éste i los individuos del grupo.

En el período primitivo, de tribus con totem, era más jeneral, aparecía más difundida la fuerza que parecía animar a los seres i los objetos, que los hacía vivir i obrar. En el que coincidió con la conquista i en los que le siguieron, surgió al lado del sentimiento colectivo tan fuerte el de una individualidad incipiente, que no guardaba por cierto analogía con la de sociedades civilizadas: el individuo había adquirido una conciencia más o menos clara de sí mismo i de su relación con los sujetos individuales que componían el grupo; iba perdiendo el sentimiento de unión sagrada, misteriosa, que lo ligaba a la colectividad, tanto o mas que los lazos de parentesco.

A medida que la sociedad indígena salía de su tipo bajo por la modificación i adelanto de las instituciones i la conciencia individual, comenzaba a pronunciarse, a desligarse un tanto de la conciencia colectiva, la mentalidad evolucionaba también en la mis-

ma proporción i percibía de otro modo los seres i los objetos con los cuales tenía comunicación o participación de esencia. Entonces comenzaron a distinguirse las fuerzas o espíritus individuales que animaban a los animales, las plantas, las rocas, los astros, etc.

Esta modificación no hacía perder el contacto de lo invisible i portentoso con los individuos, sino que tendía a sustituir por vínculos el sentimiento inmediato, íntimo i constante de comunión de esencia que existió en el período primitivo entre los seres ambientes i los miembros de las colectividades.

En los períodos siguientes, como el de la conquista, de tribus superiores a aquéllas, los individuos se sentían vinculados tan sólo a los seres i objetos i no como ellos mismos. En un grupo que primitivamente tuvo como totem al cóndor, los individuos se creían de la naturaleza de esta ave. En los posteriores no creían que eran cóndor, sino que sus antepasados lo fueron, que ellos tenían cierto vínculo o afinidad con esta especie de aves, convertida así en protectora i respetada, a la cual estaba vedado (tabú) dañar o injuriar.

Las representaciones colectivas por símbolos o semejanzas se hicieron numerosas en estas agrupaciones i como consecuencia se produjo un despliegue siempre creciente de actos májicos, de seres i objetos sagrados, prácticas rituales i mitos de figura animal, humana o combinada. De aquí se orijinó también la necesidad creciente de recurrir a intermediarios o personas preparadas con especialidad para obtener la participación de esencia, ejecutar una danza o un rito, cumplir un ceremonial, como los ha ce-

dores de lluvia, adivinos. absorbedores de enfermedades, etc.

¿Cómo se comprobarían estas afirmaciones? o según la expresión obligada ahora, ¿cómo se documentarían? Hemos sostenido ya que la etnología reúne en gran parte sus materiales por inferencia. Por consiguiente, algunos datos vagos, incidentales i no comprendidos por los cronistas i los lexicólogos de la lengua araucana, permiten, mediante los métodos de análisis moderno, reconstruir un sistema en cuanto a los tiempos del totemismo. A esto concurren igualmente las supervivencias i los objetos indestructibles o los restos, como rocas i piedras rayadas.

Por lo que hace a los siglos históricos, ya los datos de las crónicas i de los léxicos son más concretos i fáciles de seleccionarse i reducirse a un examen científico que permite descartar las descripciones falsas e incompletas. Para estos tiempos se utilizan además como documentos de comprobación los restos abundantes, las tradiciones i todavía las supervivencias o cristalizaciones de costumbres i creencias.

Las tribus sobrevivientes ofrecen un campo de observación completamente seguro para el estudio actual i el retrospectivo acerca de los caracteres propios de la lójica indijena i de las representaciones de lo sagrado, oculto i misterioso que actúan sobre la conciencia araucana.

Una distinción más o menos clara se produjo en la mentalidad de los indios modernos acerca de los seres i los objetos sagrados, vehículos de la fuerza o esencia prodijiosa, i de los profanos o comunes: estas también podían adquirir condiciones misteriosas, mágicas, por comunicación de esencia, pero en con-

diciones intermitentes, debilitadas i secundarias. Un agente que preside las ceremonias destinadas a producir la lluvia o que predice los destinos de la agrupación i se comunica con los espíritus, es una representación sagrada; una persona cualquiera, una piedra con virtud oculta, pertenecen a la segunda categoría. Por eso las representaciones de los animales, de los vegetales, astros, fenómenos naturales, etc., están aún impregnados de elementos misteriosos; pero desigualmente, unos en mayor proporción i otros mucho menos. Estos últimos comienzan a tomar propiedades más objetivas, que atraen la atención. Se dejan sentir ya los efectos de la experiencia i la naturaleza cercana pasa a ser observada con menos prevención prodijiosa.

En suma, en las sociedades indígenas de mentalidad más o menos evolucionada, las representaciones comienzan a tomar la forma de conceptos generales i abstractos; el sentimiento de lo que es físicamente posible o imposible se precisa.

Pero, el avance del elemento intelectual o cognoscitivo sobre el de lo prodijioso i oculto; la acumulación de experiencia, que permite distinguir los atributos objetivos; la modificación de la lógica propia, cerrada a la traba absurda de las representaciones colectivas, no se opera rápida i uniformemente: es un proceso lento, que en unas partes se alijera i en otras se detiene i sobre todo que no produce cambios radicales. Las representaciones o una parte considerable de ellas, guardan las huellas de lo misterioso i de las asociaciones absurdas. La mentalidad primitiva no se borra jamás del todo.

Los araucanos actuales han ascendido a un grado de evolución en que la mentalidad de los miembros de la comunidad aparece más adaptable a la experiencia i menos rebelde al principio de contradicción. En tal estado de progreso ha desaparecido o disminuído mucho la identidad del individuo con su grupo, i los conceptos más determinados i fijos de los seres, objetos i fenómenos se han incrementado en proporción al tiempo que transcurre i a otras circunstancias, como la vecindad de un medio civilizado o el desquiciamiento de las instituciones.

Pero la adquisición i organización de conceptos no excluye por completo las propiedades misteriosas, de prodijio, que encerraban los seres i los objetos en tiempos anteriores. Tampoco desaparece por completo lo paradójico o sea lo contradictorio e inconcebible de la lójica especial. Esos elementos persisten como vestijios de hábitos mentales excesivamente arraigados.

Así, los conceptos de «pietra» i «árbol», entre otros muchos, se aclaran, se precisan en sus caracteres objetivos para el araucano. Con dificultad creará que de ordinario las piedras o un árbol puedan hablar, moverse por voluntad propia o enjendrar; más, a pesar de la parte objetiva de los conceptos, sigue creyendo que hai clases de piedras i árboles que poseen extraordinariamente un poder de portentoso, oculto, májico, obtenido por intermediarios hechiceros o por comunicación de esencia con otros seres i objetos. La virtud o el encanto que encierran los hace obrar prodijios, como espedir luz, favorecer la reproducción

del ganado, crear sentimientos de simpatías o de amor hacia una persona.

La noción de lo maravilloso queda muy generalizada entre los indios i se resume en la expresión *perimontu* de su lengua, que significa un hecho extraordinario, fuera de las leyes naturales, visiones por lo general de mal agüero, representación semejante al concepto nuestro de milagro (1).

Esta detención del desenvolvimiento de las actividades mentales hacia el pensamiento lógico puro, ha sido común a muchas sociedades de nuestro continente i de otros, como los aborígenes mejicanos i peruanos; los chinos, los egipcios, los pueblos de la India, etc. Los conceptos se fijan, conservan la señal indeleble de la antigua mentalidad en la ensambladura errónea de las representaciones i en la mezcla de lo real con lo portentoso. Los conceptos que nutren la psiquis de esas colectividades no tienen la plasticidad de los del europeo, no se modifican, no se transforman, ni se ensanchan o desaparecen bajo la acción del progreso o de la constante renovación que en las ideas produce la experiencia. En una palabra, no han renovado su mente esas sociedades, i han sido hasta ahora incapaces de ascender al grado de nuestras ciencias de la naturaleza. Las que poseen no han sido sino una mezcla confusa de materiales simbólicos e imaginativos o dialécticos i abstractos, al decir de los sabios que han estudiado sus mentalidades e instituciones.

La separación de los residuos mentales que se pe-

(1) Diccionarios de Febrés i padre Augusta. Observaciones del autor.

gan a las representaciones colectivas de los indígenas, constituye, según la opinión de investigadores que han llevado una contribución importante i original al estudio de la mentalidad de los indígenas, el progreso de las actividades intelectuales i no la unidad del espíritu humano. Hemos aludido solamente a esta lei en páginas anteriores; preciso es alargar un tanto esas referencias para conocer las nuevas orientaciones sobre el particular.

Por imperfección o deficiencia de los métodos comparativos o de la psicología social, los filósofos, los psicólogos i los lógicos han fundamentado sus investigaciones en un tipo único de sujeto pensante, sometido a reglas psicológicas i lógicas por todas partes idénticas (1). Así se explicaban la concordancia de instituciones, creencias, mitos, ceremonias, majia i hasta de los menores detalles en los hábitos de vida de sociedades diferentes i lejanas, sin comunicación i por lo tanto sin imitación posible.

Los sostenedores de esta teoría han atribuído asimismo la diversidad de cultura que había en esas sociedades con las mismas instituciones i creencias al mayor o menor florecimiento del instinto humano aplicado a las necesidades i circunstancias de la vida.

La siguiente cita pertenece a uno de los investigadores que apoyan sus conclusiones en la lei de la unidad del espíritu humano.

«Lo mismo ocurre en el derecho i las costumbres. Ciertas instituciones estrañas que se cree limitadas

(1) Psicología comparada o filojenética; psicología social o sociojenética; psicología individual u ontojenética, son denominaciones que usan en la actualidad varios autores.

en un solo pueblo se hallan de nuevo en muchos otros en que no son producto de imitación. La propiedad colectiva que parece particularmente del **allmaend** suizo ha dominado en el mundo eslavo i en otras partes. Constituye el fondo del derecho en Kabylia, en la aldea china, etc. El feudalismo de la Edad Media, en Francia, ha existido i existía aún recientemente en el Japón, i existe en Nueva Caledonia; el robo, que estaba preconizado en Esparta, lo está en muchos pueblos salvajes. El matriarcado, que se considera como excepción, quizá ha sido la regla; tanto se le encuentra en los pueblos más diversos. El matrimonio entre hermanos, tan en uso en el Egipto, no es un hecho aislado. La pena del talión está en uso en gran número de pueblos. Finalmente el **tabú**, que parece una institución tan singular i exclusiva de las sociedades polinesias, se halla entre los musulmanes i otros pueblos.

Pero esta lei capital se aplica, sobre todo, a la religión, i en ella queremos estudiarla con algun pormenor.

Los sacramentos indican, en primer lugar, del modo más evidente, esta gran lei de la unidad del espíritu humano.

Se le creía especiales de la religión cristiana, i la observación ha revelado que se hallan en otras muy diferentes en los extremos de la tierra, i sobre todo en el Nuevo Mundo.

Tampoco tiene el cristianismo la exclusiva de las órdenes monásticas, que presentan todos los pueblos civilizados en unión del sacerdocio» (1).

(1) *Psicología de las religiones*, por R. de la Grasserie, páj. 314.

Este postulado común es inadmisibile para los investigadores que han hecho el estudio comparativo del desarrollo mental de las colectividades bárbaras i de las civilizadas. Consideran estos sabios los cambios mentales desde el punto de vista de la conservación de elementos [místicos (prodijiosos) i prelógicos (de una lógica especial incompatible con la nuestra)].

Los párrafos que siguen, tomados de una obra importante, forman un resumen mui comprensivo a este propósito. «¿Las representaciones colectivas de esas sociedades provienen de funciones mentales superiores, idénticas a las nuestras, o son el producto de una mentalidad inferior menos evolucionada? se pregunta Levy-Bruhl.

Los partidarios de la primera hipótesis creían en la identidad de un «espíritu humano» en todos los tiempos i en todos los lugares; ese mismo espíritu colocado en iguales condiciones de experiencia, debía necesariamente producir iguales creencias e instituciones (Taylor, Frazer, Andrew Lang). Esas hipótesis, tan arraigadas en los etnógrafos ingleses, hacen depender la mentalidad social de los pueblos primitivos de los caracteres del espíritu humano individual. Pero esos fenómenos son siempre sociales, reñidos por leyes propias que el análisis del mecanismo psicológico individual no puede explicar; por primitivas que sean las sociedades observadas, nosotros no encontramos sino una mentalidad socializada, en que las creencias individuales están ocupadas por una multitud de representaciones colectivas, transmitidas por la tradición i cuyo orijen se pierde en un pasado remoto.

La concepción de un espíritu humano individual, ofreciéndose virjen a la experiencia, es tan quimérica como la del hombre anterior a la sociedad. Hai que partir de las representaciones colectivas para llegar a conocer las leyes de su formación e interpretar así con más exactitud la mentalidad de las sociedades inferiores comparándola con las de las nuestras.

Las series de hechos sociales son solidarias entre sí i se condicionan recíprocamente. Un tipo de sociedad definido, que tiene sus instituciones i sus costumbres propias, tendrá, pues, necesariamente su mentalidad propia. A tipos sociales diferentes corresponderán mentalidades diferentes, por cuanto las instituciones i las mismas costumbres no son, en el fondo, sino aspectos de las representaciones colectivas; así se llega a comprender que el estudio comparativo de los diferentes tipos de sociedades humanas es inseparable de su grado de evolución mental»(1).

Tanto los misioneros en sus memorias como los viajeros en sus publicaciones, suministran noticias abundantes sobre la persistencia de ciertos caracteres mentales de los araucanos.

Uno de nuestros científicos más reputados por la profundidad i extensión de sus conocimientos, don Ignacio Domeyko, hizo un viaje a la Araucanía a mediados del siglo XIX i reunió sus anotaciones en un libro que dió a la publicidad. Aportó en él datos serios para la obra total de estudiar bien a nuestros aboríjenes, aunque mucho se equivocó en sus conclusiones sobre la reducción de las tribus por la propa-

(1) *Psicología biológica*, por J. Ingenieros; páj. 200.

ganda religiosa i aunque no alcanzó tampoco a conaturalizarse con el espíritu araucano. Este libro consigna algunos hechos que muestran de modo evidente la marca de la antigua mentalidad entre los indios de ese siglo. Copiamos unos pocos pasajes. «Hace algunos años que por haberse prolongado el mal tiempo por el espacio de veinte días en la estación de las cosechas, los indios de una reducción por grandes temores se vieron sobrecojidos, recelando que se échasen a perder sus mieses. Viéndolos aflijidos el misionero, los reúne i háceles rogativas; pero no cesaba de llover, como para probar la paciencia i la fe de los hombres. Júntanse entonces los principales de dicha reducción, i van a pedir a su misionero que les permita hacer una junta a la manera antigua con borracheras i mil prácticas supersticiosas en honor de Pillan, de quien esperaban más que del Dios de los cristianos. ¿Qué tristeza i angustia causaría en el corazón del buen misionero semejante solitud de sus feligreses? Horrorizado con tal pensamiento, les reconviene, les tranquiliza, les hace ver la enormidad del crimen a que les arrastra la ignorancia, i les manda asistir a sus rogativas. Pero llovía, i los indios con la vista vuelta hacia sus campos anegados, fluctuaban entre la fe en el Dios verdadero i la esperanza en sus antiguos Dioses. Movidos en esto por el ente malo de sus antepasados, acuden a la autoridad civil, se humillan, ostentan su docilidad, sumisión, cordura; alegan que una *junta*, una ceremonia tan inocente no puede hacer perjuicio ni al Gobierno ni al *padre* (misionero); que sólo por una vez piden el favor de que se les permita renovar la ceremonia de sus padres, para aplacar el enojo de su

antiguo Dios a quién habían servido antes. Conmovido con tanta sencillez de los pobres indios, el jefe, admitiendo que no podía causar males de mucha trascendencia cosa tan inocente, i antes bien podría asegurar la fidelidad de aquella jente, les da permiso de hacer la *junta* sin decir nada al misionero. Corren los alborotados indios a sus casas, convocan al instante una numerosa *junta*, hacen sus sacrificios, se embriagan, i con sus profanos gritos i alaridos que hacen estremecer las selvas i espantarse la tempestad misma, invocan a sus falsas divinidades i al demonio.

El hecho es que después de una lluvia de más de treinta días se aclaró el cielo; i cuando encantado con la hermosura del día salió el misionero para dar gracias al Dios Infinito por sus misericordias, se encontró con los indios, que en voz firme i altanera triunfaban de haber conseguido con su Pillán lo que no habían podido conseguir con el Dios de los cristianos. Harto trabajo después costó al padre sosegar a los indios; nunca desde entonces pudo quitarles la impresión que este acontecimiento ha causado en sus ánimos.

Mui a menudo pueden reproducirse ejemplos de esta naturaleza» (1).

Se trataba en esta ocasión de la ceremonia de la lluvia, jeneral en todos los agregados aboríjenes del continente. Entre los araucanos se llamaba esta ceremonia *pillatun* i tenía por objeto regularizar las estaciones o asegurar misteriosamente la reproducción de las plantas. Celebrábase con más frecuencia

(1) Araucanía i sus habitantes, edición de 1846, pág. 88.

para pedir agua a las fuerzas invisibles o espíritus que para calmar los temporales i las creces de los ríos. Cuando se solicitaba lo primero, los animales destinados al sacrificio debían ser negros i en caso contrario, blancos. Había una asociación misteriosa del color con las nubes o con el sol. La existencia i el bienestar de los individuos aparecían prodijiosamente ligados a la celebración del ceremonial obligatorio con todos sus detalles i no a los efectos del agua en los sembrados. Por eso los hacedores o hacedoras de lluvia (*machi*), cuando caían en éxtasis o participaban de la esencia de los espíritus benefactores, increpaban, a nombre de éstos, la negligencia de los agregados de parientes para celebrar estas reuniones; esa omisión originaba la sequía tan ligada a la subsistencia del grupo (1).

Otro hecho que cita el explorador señor Domeyko, esplicable por la función característica de la lójica de los indios, es el que va a continuación.

«En sus cementerios plantan cruces en las tumbas de sus caciques; en los parlamentos o tratados que se hacen con ellos, exigen también que se les plante la cruz en memoria de lo sucedido, i mientras la ven, guardan fidelidad i respeto.

En un hermoso llano cerca del desembocadero del río Imperial, en un lugar separado de todo contacto con los cristianos, me aguardaron un día quince caciques con unos cien mocetones a caballo, para darme el recibimiento que creían me fuera debido por verme acompañado por un capitán de indios i un soldado, i haberse esparcido la voz de que venía de la capital

(1) Ceremonia descrita en otro volumen.

un viajero con el propósito de visitar las tierras de los indios. En medio de este llano se veían dos cruces antiguas, inclinadas unas sobre otras, en parte reverdecidas por el mohó del tiempo, i en parte carcomidas, con sus palos atravesados abajo. Un prado vistoso, abundante de fragantes yerbas i flores, se extendía hasta la espumosa marjen de la playa, mientras un vasto horizonte al norte i al oriente cubría con sus apiñadas montañas las negras cordilleras de la costa.

Al pie de estas cruces estaban los Araucanos puestos en una fila como para la pelea, i allí me convidaron por medio de sus enviados, con toda la cortesía i consideraciones propias de un pueblo civilizado. Largas fueron las evoluciones i muestras de agasajos con que se empeñaron en honrar a su huésped; reunidos después de todo eso en un espacioso círculo alrededor de sus antiguas cruces, me dirigió la palabra un anciano cacique, que por su estatura atlética, su poderosa voz, el rostro lleno de espresión i nobleza, me hacía traer a la memoria aquellos oradores del famoso consejo reunido por Caupolicán con ocasión del brillante triunfo de Marigueñu. «Aquí, en este lugar, me dijo el anciano, hace años que hemos celebrado un tratado de paz con los españoles; testigo son de ello estas cruces que ves, i que hemos respetado hasta hoi;—queremos paz i la guardaremos fielmente como las guardaron nuestros padres».

¡Cuánto influjo, qué poder no habrá ejercido en e ánimo de aquella jente, solo la vista del sagrado sím-

bolo de nuestra relijión, respetado por un medio siglo en sus hermosos campos.» (1).

Una imagen, sea en pintura o en madera, tenía para los indios cierta identificación con la persona que representaba, porque retenía una porción de su vitalidad. La cruz no era imagen [de un ser sino la representación de una cosa de los españoles, que participaba del poder i las propiedades de estos hombres. El principio de lo misterioso que animaba a muchos objetos, era aquí una parte de ellos mismos, guardaba algo de personal. Esta continuidad entre lo visible i lo invisible era la misma que persistía entre el fragmento de un objeto i su totalidad, como las uñas, la saliva, el cabello de un hombre i él mismo. Se explica por la identificación de las partes con el todo la costumbre de las araucanas de comerse ciertos insectos de su cuerpo (*pediculus vestimenti*), para no matar o arrojar al suelo algo que participaba de la propia existencia. Un día tuvo náuseas una señora al presenciar en una de las calles de Temuco tan inmunda costumbre; las indias celebraron con sonoras risas el incidente.

Esta es una forma de la jeneralización indígena, común por lo demás a todas las sociedades retrasadas.

De manera que una cruz simbolizaba el alma española, que servía de vehículo, de intermediario entre las dos razas i quedaba en poder de una para asegurar la fe de lo pactado, como queda un documento en poder de una de las partes contratantes.

El minucioso i atento observador que venimos citando, cuenta en su memoria de exploración que cerca

(1) Obra citada.

del antiguo fuerte de Tucapel existían las ruinas de un convento. Un misionero franciscano intentó por esos años su reconstrucción, de acuerdo con las autoridades del gobierno más inmediatas a ese lugar. Unos indios aceptaron que se emprendiese tal obra i otros se opusieron, como se oponían a todo avance de ocupación sobre sus tierras. Convinieron al fin decidir por una partida de chueca la aceptación o el rechazo. Concurrió gran número de espectadores.

«Fué de tres días la lucha, armada con todo el aparato de calaveras i ceremonias más solemnes, i sostenida con todo el ardor propio de aquella jentè. Pero, en fin se decidió la suerte en favor de los amigos del padre, i todos unánimemente convinieron en que se le debía admitir i reedificar el convento.

Empero, no por eso habían desistido los prudentes i astutos caciques de los justos recelos que les suscitaba el amor a la libertad i a la independenciam araucana. Hubo un parlamento en que se trató de arreglar los asuntos de la nueva misión i del convento. Se reunieron más de ochocientos indios, se plantó una cruz, i a la faz de ella declararon que admitían todos gustosamente al padre i a la misión; pero al mismo tiempo impusieron al misionero la condición de no traer a Tucapel artesanos ni peones españoles i de edificar el convento con los indios».

La presencia de calaveras en la pista se explica por la participación de esencia o de poder oculto que hai entre un fragmento i la totalidad del cuerpo de que proviene. En el cráneo de un jugador de chueca sobresaliente se colocaba la bola para que se impregnara de las propiedades que tuvo aquél.

¿Por qué se decidía tan a menudo una resolución dudosa por el juego de chueca? Solamente porque el indio no se penetraba bien de los hechos de azar, inesperados o casuales; no los concebía sin alguna intervención del hombre o de poderes invisibles, debido a su escasa experiencia social o sea el conjunto de creencias i hábitos adquiridos. El principio activo de lo prodijioso, que invadía sus representaciones colectivas, determinaba las voluntades invisibles i fijaba la norma de sus acciones en los casos en que un interés práctico inmediato requería una solución acertada.

Para no amontonar ejemplos de persistencia de rasgos mentales que ocuparían un volumen, transcribimos dos únicamente de nuestras notas de indagaciones.

En 1908 estudiaba en el Liceo de Temuco un joven araucano de las reducciones de Llaima. Era cojo de nacimiento. Le preguntamos una vez por la causa de su defecto, que supusimos una caída del caballo o un golpe de chueca en alguna partida mui animada por los espectadores i reñida por los contendientes. «Nó, contestó; se debe a que mi madre vió en sueño un *wuillepeñ*», animal mitológico de cabeza de ternero i cuerpo de oveja, que arrastra las patas traseras al andar. Su aparición a las mujeres en cinta motiva la anormalidad física de los hijos. A no saber el joven indijena que estábamos interiorizados en los usos i costumbres de sus conyéneres, habría guardado silencio o dado una respuesta evasiva.

Este modo de pensar en un período tan avanzado para la formación de conceptos descargados del contenido antiguo, demuestra que la mente araucana

retenía como huellas mucha parte de las representaciones colectivas. Había en este informe, primero la trabazón absurda de la vista de un animal fabuloso i la estructura del feto, i después la creencia en la efectividad de los sueños, con toda su significación tan estraña para nosotros.

Todavía el sueño era para el araucano una percepción ordinaria como cualquiera otra en estado despierto, que le ponía en comunicación con los espíritus para recibir de ellos órdenes, consejos o amonestaciones; que lo hacía a él mismo entrar en acción para viajar, luchar o defenderse. Mantenía aun su valor de prodigio para la adivinación, tan extendida en los detalles de la vida casera, i para prever el porvenir en los sucesos de trascendencia para toda la comunidad. Todavía dividía los sueños en clases, con sus nombres correspondientes: buenos, malos, reveladores de robos, anunciadores, etc., i mantenía los métodos tradicionales para procurarse sueños reveladores, como colocar en la cabecera de la cama, debajo de la almohada, algun objeto de los arreos de montar que hubiera estado en contacto con un caballo robado o perdido.

Esta confusión de lo objetivo con lo subjetivo, que constituye un punto saliente de la mentalidad indígena, no se manifiesta en el pensamiento español, si se toma en cuenta la porción culta i no la de más baja intelectualidad.

Hai en esto otra discrepancia mental sobre las muchas que separan a las razas.

Un día del año 1898 visitamos a un viejo cacique llamado León, del lugar de Huequen, próximo al pueblo de Angol. Le preguntamos por qué se había dado

tan raleada i escasa una pequeña siembra de trigo de su propiedad, i nos contestó: »Quién sabe; talvez la ha pisado una mujer con sangre o tomó la semilla algún hombre que tenía con sangre a su mujer i no se lavó las manos». Otros indios jóvenes que oían, asintieron a esta afirmación.

Quedaba, pues, en ese tiempo casi íntegra la representación colectiva de los efectos nocivos de la sangre mala, como la del flujo menstrual i la del parto. La mujer durante los días de estas manifestaciones fisiológicas, quedaba interdicta (vedada), para que no comunicase al hombre su mal, de consecuencias desastrosas. Era uno de los motivos que más pesaban en el ánimo de los indios para impedir que las mujeres tomaran parte en expediciones de guerra que podían fatalizar, o por lo ménos causar contratiempos al hombre que la poseía o a los que se acercaban a ella.

De estas funciones mentales propias de las sociedades bárbaras i de las que han avanzado en cultura sin perder la marca de la barbarie, se jeneraba el carácter de los araucanos, el cuál, por lo común, ha sido trazado por los cronistas, los escritores de viajes i los misioneros en términos jenéricos i vagos, como valientes, hospitalarios, fieles en los tratos, reconocidos a los servicios, celosos de sus fueros, graves, taciturnos. Suele presentarse el reverso de la modalidad de nuestros indíjenas, como se hace en el examen colectivo de todos los pueblos, i decirse que han sido perezosos, glotones, propensos a la embriaguez i al robo, fáciles en cambiar el reposo i la quietud en impulsividad violenta e incontenible.

Se ha prescindido hasta ahora, quizás por falta de conocimientos de psicología étnica, de relacionar es-

tas cualidades del carácter araucano con sus creencias i sus instituciones, que deben conocerse a fondo. No pasó inadvertida esta regla de buen análisis en materias de etnología al explorador de la Araucanía que venimos citando, de quien es el juicioso concepto que sigue.

«No es por cierto fácil escribir sobre la moral de un pueblo, sin haber vivido con él i tomado parte en su buena i mala suerte. No quisiera yo en esto entrar en la senda de aquellos escritores ambulantes, que al primer encuentro con un hombre tienen ya pronta una disertación larga sobre su corazón i alma. Debe haber sobre todo mayor dificultad i escrúpulo de conciencia para un escritor, en cuanto a que para penetrar en el foco de la vida moral e intelectual de un pueblo, es preciso principiar por iniciarse en el secreto de sus creencias i supersticiones: fuente común de que dimanan el carácter i la conducta moral del hombre.

A este respecto, cosas tan oscuras i contradictorias se han dicho sobre los araucanos, ideas tan confusas e inciertas he oído emitir a los mismos misioneros que han vivido entre ellos, que, según mi concepto, nada se sabe de cierto i de seguro sobre la verdadera religión que profesan».

Don Alonso de Ercilla incurre más que todos los informantes antiguos en esta deficiencia de datos acerca del carácter de los indios; hai un verdadero vacío en su poema en cuanto a estas particularidades. Se notan unos pocos términos jenéricos esparcidos i distanciados en las estrofas i nada más. En el canto descriptivo de las condiciones físicas i morales de los indios, solamente se lee esta octava.

«En fin, el hado i clima de esta tierra,
si se estrella i pronósticos se miran,
es contienda, furor, discordia, guerra,
i a solo esto los ánimos aspiran:
todo su bien i mal aquí se encierra;
son hombres que de súbito se aíran,
de condición feroces, impacientes,
amigos de domar estrañas jentes.»

De los promaucaes agrega asinismo esta sola información:

«Los indios Promaucaes es una jente
que está cien millas ante del estado;
brava, soberbia, próspera i valiente,
que bien los españoles la han probado:
pero cuanto digo, es diferente
de la fiera nación, que cotejado
el valor de las armas i excelencia,
es grande la ventaja i diferencia.»

El carácter araucano debe considerarse en muchos de sus rasgos salientes en relación con el principio de lo estraordinario, portentoso i oculto que invadía el medio indíjena, físico i social, i trazaba normas invariables a la intelijencia, al sentimiento i la voluntad de los miembros de las agrupaciones.

La constitución social de los araucanos, favoreciendo el florecimiento de ese poder activo de lo májico i sagrado, proporcionaba el carácter mayor cantidad de cualidades colectivas que individuales i, por ser poco diferenciadas, mucho más fáciles de distinguirse que en las sociedades donde ha arraigado la

civilización. Había naturalmente diverjencias individuales, matices nacidos de la diversidad de temperamentos: algunos indios se manifestaban activos, tranquilos, verídicos, en una palabra, de buena índole, i otros, flojos, irascibles, embusteros i díscolos, de malas inclinaciones (1); pero lo individual aparecía como condición particular de algunos hombres i no de la masa; quedaba como perdido al lado de la característica colectiva.

La raza estaba organizada en agregados familiares que se aislaban entre sí; especies de pequeñas patrias feudales, se estrechaban alrededor de un jefe hereditario, el cacique (*lonco*, *ülmen*). Como no se había producido aún la división del trabajo, no se conocía sino la propiedad territorial i la particular no alcanzaba más allá de unos cuantos objetos. Las faenas cooperativas estaban establecidas en estas comunidades como lei imprescindible, sobre todo en la agricultura, que en el siglo XVI no pasaba más allá de lo suplementario, pues se reducía al cultivo del maíz i algunos cereales estinguidos o abandonados después.

Se comprende que el arraigo de estas aglomeraciones consanguíneas a la porción de suelo que ocupaban fuese en extremo sentido. En ese espacio de tierra vivían los hombres i habían vivido sus mayores, cuyos espíritus estaban presentes, aunque invisibles; en él continuaría perpetuándose la familia. La porción territorial de la comunidad tenía por esto el doble significado de una representación material i de un valor sagrado, de que carece el concep-

(1) Observaciones personales del autor.

to de los pueblos que han ascendido en la escala de la cultura. De este sentimiento tan profundo se originaba el celo infatigable con que defendían la integridad de la zona familiar e impedían hasta que penetrasen a ella los extraños. Por esta inviolabilidad se creían libres.

En este régimen comunista la utilidad de la parentela primaba sobre todo; el egoísmo familiar tomaba así proporciones exageradas.

Enumeremos algunas propiedades principales del carácter araucano en armonía con la estructura social. Han dicho siempre los que lo conocieron de cerca que era desconfiado i suspicaz. Se manifestaba así porque en todo individuo que no estuviese unido a él por los lazos de la afinidad consanguínea o social, veía un enemigo probable, próximo o lejano en el tiempo, de su familia o de su tierra. Tal sentimiento de excesiva desconfianza explica las reservas o la oposición para permitir la entrada a los lugares de su residencia a los extranjeros que no fuesen comerciantes, delegados de las autoridades españolas primero i chilenas después, o bien enviados de otro cacique. En caso distinto se le tomaba como ladrón, espía, informante de las particularidades de la comunidad, que convenía ocultar, i por último, podía encubrirse en él un brujo que iba a dañar a la familia o traer algún perjuicio al suelo i los animales. Hasta en el trato ordinario con los demás, fuera de su medio, el indio no perdía su desconfianza genuina.

En los límites determinados, la propiedad territorial se consideraba interdicta, es decir, vedada (tabú) i nadie podía entrar a ella sin el permiso previo de sus dueños. Esta misma interdicción se esten-

día a la casa: ningún visitante o pasajero tenía derecho para penetrar a su interior, aún cuando estuviera sola, ni establecerse en sus dependencias contiguas. Esta restricción imponía el ceremonial tan minucioso de las visitas: el que llegaba se detenía en el exterior de la casa i no se bajaba del caballo hasta que el jefe de la familia u otro miembro caracterizado, en su ausencia, se lo indicase, para dar principio a los largos discursos de saludos, bienvenida i recíprocas, noticias i acogerlo en seguida con todos los pormenores de cortesía que la tradición había impuesto.

Otro rasgo relevante de nuestro indíjena: en todo el proceso de su historia aparece como duro i cruel. El sentimiento de la solidaridad humana, de la responsabilidad de los sufrimientos ajenos era nulo en los araucanos antiguos i acentuadamente débil en los actuales. Los prisioneros de guerra, únicos esclavos conocidos, recibían un tratamiento equivalente al que se daba a los animales. El sacrificio a que se les condenaba i que estuvo en uso desde la conquista hasta el siglo XVIII, se efectuaba con un ceremonial de refinada crueldad. Por excepción se escapaba de la muerte algún prisionero de importancia, en la esperanza de su dueño de obtener un canje o un rescate ventajoso. De esta clase fué el cautiverio del cronista Núñez de Pineda i Bascuñán. En la conducta del indio a este respecto entraba sin duda la idea utilitaria de la propiedad individual, ya en crecimiento: un prisionero, un caballo, las armas que tomaba como botín de guerra le pertenecía exclusivamente i podía hacer de ellos lo que fuera de su agrado.

A este mismo criterio de la propiedad sin restricción alguna obedecía la dureza de los hombres ejercida hasta sobre las personas vinculadas a ellos por la sangre o la raza. La vida humana gozaba de muy poca protección en el mundo añaucano: el padre tenía derecho de vida o muerte sobre sus hijos; donde la mujer había sido comprada por el hombre, se comprende que el tratamiento duro, los palos i las heridas que recibía no causaban sensación en la comunidad. Tampoco interesaban a nadie los abortos e infanticidios; las que lo practicaban hacían uso de un derecho lejítimo de propiedad.

Cuantos han vivido con nuestros indíjenas o se han penetrado a fondo de sus maneras de ser, cronistas, misioneros i exploradores, han conocido sus tendencias voluptuosas i sus estravíos jenésicos. Las costumbres del amor sensual distaban mucho de lo severo, porque la mujer sin dueño lo estimulaban por lo común i porque los atentados contra las solteras, pertenecientes a sus padres, no se hallaban contenidos por la penalidad jurídica sino que se reputaban como una apropiación de lo ajeno, que debía pagarse a su dueño. Si no se verificaba la compensación que establecía el código tradicional i rudimentario, tenía lugar el malón, en el que el más fuerte despojaba al más débil.

El recuerdo de un hecho de esta especie hará más intelijible el aserto precedente. Poco después de la fundación de Angol (1862) un comerciante en licores i mercaderías del gusto de los indios penetró hasta una de las reducciones de Lumaco, al sur de ese pueblo. Al día siguiente de su llegada se estableció la feria i comenzó el trueque de objetos i licor por

animales entregables a plazo fijo. Concurrieron familias de toda la zona de parientes i de otras vecinas. El aguardiente corría con profusión en los distintos corrillos que se habían formado. Un cacique se acercó a un grupo de mujeres separadas de los hombres, i ayudado por éstas, perpetró un acto de violencia en una muchacha. El comerciante que alcanzó a notar esta escena, observó al indio la gravedad de lo que habían hecho i las represalias fatales si sabía su padre. Su respuesta fué: «No tengo cuidado; pago si piden» (1).

No supo el comerciante las consecuencias posteriores de este incidente, tan insólito entre nosotros i tan corriente i tolerable entre los indios (1).

El cacique autor del atentado sabía que una violación se avaluaba en animales nada más, a título de perjuicio contra la propiedad de otro. Gozaba, en consecuencia, de la impunidad que la costumbre concedía al que poseía muchos animales, pues entre los araucanos se hizo siempre una marcada distinción entre familias ricas i pobres. La posesión de un rebaño numeroso daba una situación social sobresaliente, en particular cuando tomó incremento la propiedad mobiliaria. Existía la preponderancia del ganado, como en las sociedades civilizadas la aristocracia del dinero.

Faltaba el freno o la capacidad inhibitoria en el uso de la poligamia, i la emoción sexual tomaba a veces una dirección patológica, como la pederastía: los sodomistas pasivos (*weye*) formaban como una

(1) Incidente narrado al autor por el mismo comerciante, don N. Fernández Fuica, vecino de Angol.

casta esporádica dentro del territorio. Las funciones jenitales solían estimularse con instrumentos de crin (*wesked*), con yerbas e imaginariamente con prácticas májicas.

El araucano ha sido encomiado por todos los que han escrito sobre él como hospitalario. También su hospitalidad se relacionaba con la idea de propiedad, pues si recibía cortésmente en su casa, si proporcionaba los alimentos necesarios a los demás, era en calidad de préstamo, de cancelación segura a veces i probable en otras; si los favores no son retribuídos, olvidados por el que los recibía, pasaban por una deuda no cancelada. La hospitalidad entendida a la manera indíjena no fué privilejio único de los araucanos; la practicaron casi todas las comunidades americanas.

Los mapuches actuales han salido de las estrechas líneas de esta reciprocidad i reciben, agasajan con largueza en ocasiones, por deber social i por ostentación de la familia, que no quiere verse rebajada en el concepto de los visitantes.

La propensión al hurto de los araucanos no tiene otra esplicación que la antigua representación del robo. Considerábanlo como hecho punible dentro de la zona emparentada i como habilidad, que daba honor i provecho, fuera de ella.

La megalomanía del araucano, que ha sido característica a todos los pueblos que no se han elevado en civilización, da la clave de lo que se ha llamado el orgullo, la altivez de la raza, i se nota en los actos públicos, sobre todo en los discursos i detalles de la guerra, como en los desafíos singulares, las bravatas, amenazas i juramentos contra el enemigo, la

persuasión del valor i fuerza personal sin rivales. Confundió Ercilla este sentimiento de la grandeza, que se esterioriza hasta en los adornos i vestimenta de los aboríjenes, con la arrogancia de los españoles, con el orgullo nacional consciente.

Propia de la mentalidad araucana ha sido la sujestión, común asimismo a todas las colectividades no civilizadas. Nuestro indíjena ha creído todo sin sujeción a las leyes de la naturaleza, de la lójica i de la esperiencia. No había metamorfosis, jeneración i acción distante que no tuviera cabida en ella. La carne podía saltar i liquidarse como la sal, la piedra proteger, la roca contener fuerza oculta o emanación invisible, la mujer enjendrar fetos informes por la vista de un *waillepeñ*, etc., todo por participación de esencia o poder.

A causa de esta sujestión, que servía de estímulo a la volubilidad conjénita, el indio aceptaba sin examen en muchas ocasiones cuantas especies falsas le llevaban los comerciantes que entraban a la tierra o los bandoleros fugados de las poblaciones chilenas más próximas a la Araucanía. Esta credulidad a ciegas determinaba algunos malones que se daban incesantemente los indíjenas i sus resistencias a todo avance de la civilización. Contribuía asimismo a la aceptación incondicional de las visiones, de los delirios, éxtasis i conversaciones con los espíritus que tenían los agentes májicos i se propagaban en las comunidades como mandatos o consejos extraterrenales.

Un viajero que anduvo por el territorio araucano a mediados del siglo XIX anota un caso de esta elasticidad sujestiva en el famoso cacique Mañín. oposi-

tor tenaz, irreductible, a la fundación de pueblos i a la introducción del adelanto del civilizado a los dominios de las agrupaciones no sometidas.

«El anciano cacique, al saber que yo había viajado bastante, quiso obtener noticias acerca de ciertos países de que había oído hablar; como por ejemplo, la tierra de los pigmeos, la de los gigantes i aquella en la cual la jente llevaba la cabeza debajo de los brazos: todas estas rejiones le habían sido descritas por los comerciantes que le visitan de cuando en cuando; pero tuve que confesarle que nunca había conocido ni Liliput ni Brogdignag. No sabía que él había estado en proximidad toda su vida con los gigantes más nombrados del globo, i se sorprendió cuando le conté la reputación fabulosa que tenían sus vecinos los patagones.

Pero lo más interesante fué la presentación de las charreteras de oro a Mañín. Pertenecieron a un oficial, muerto hace muchos i años que tenía un grado abolido ahora en el ejército chileno; las había comprado por una friolera.

Causaron la admiración de cuantos las vieron. Su obsequio se hizo en un discurso lleno de alabanzas i le dije que «no se las ofrecía por su valor extrínscico, sino como emblema de autoridad, digno de un jefe que, tanto en la paz como en la guerra, se había demostrado preeminente entre sus compatriotas».

«El anciano quedó pasmado con el regalo, pero supo mostrar una digna serenidad e hizo lo posible para aparentar una calma que no sentía. Lamentó haber mandado todos sus animales a la cordillera i no poder corresponder en el acto a mi magnífico regalo con uno de sus mejores caballos; pero dijo que en la

primavera iba a mandar a Concepción a algunos de sus mocetones i que aprovecharía la ocasión para hacerme un retorno adecuado.

Su promesa estaba completamente de acuerdo con la costumbre establecida, porque los mapuches son una nación de negociantes. Cualquier regalo que se les hace, o cualquier servicio que se les preste es considerado como algo que tiene que ser devuelto; i el indio nunca omite pagar lo que cree en conciencia ser el equivalente de lo que ha recibido, aún cuando a veces pasen años antes de presentarse la oportunidad de hacerlo.

El reparto de los regalos dió ocasión al anciano, que tenía una inteligencia poco común entre los de su pueblo, para hacer algunas preguntas sobre la fabricación de los cuchillos, fusiles, etc. Especialmente deseaba saber si había visitado *Lancatu-Mapu* (el país de las cuentas de vidrio). Creyendo que se refería a Alemania, le dije que sí.

—¿Es verdad—me preguntó—que las cuentas crecen sobre los árboles en la tierra del sol poniente i que los que las recojen entran a ese país de noche, en caballos mui lijeros i vuelven antes de salir el sol, cuyos rayos son tan ardientes que achicharrarían de otro modo a los incautos que se quedaran allí después de amanecer?

Me sentí indignado de que alguien, para aumentar el valor de sus mercancías, hubiese contado semejante patraña al crédulo bárbaro, i le contesté en ese sentido» (1).

La dipsomanía que se ha atribuído al araucano

(1) *Los Araucanos* por Edmond Eenel Smith, inglés; 163.

como exclusiva de él ha sido común a la casi totalidad de los grupos étnicos que ocuparon el continente americano, los cuales practicaban la embriaguez desde antes de la conquista, como un complemento i un excitante de la vida nutritiva, como una impresión de bienestar i alegría en las ocasiones libres de los opresores cuidados ordinarios. Aquel acontecimiento histórico no hizo sino acrecentar el arte de fabricar licores. También encontraron los españoles en las tribus aborígenes el hábito de absorber o masticar sustancias excitantes como el tabaco i la coca.

Débase el retraimiento del araucano, esa reconcentración en sí mismo, a un cúmulo de circunstancias exteriores que presionaban constantemente su existencia, como las angustias de una mala caza, pesca o cosecha; la amenaza de los enemigos que lo rodeaban, el temor a los brujos i personificaciones míticas, la obsesión de lo inesperado en el medio físico i social.

Los frecuentes arranques impulsivos del indio, que forman contraste con su característica reconcentrada, se orijinan, según el parecer de sabios que han estudiado la evolución psíquica de las aglomeraciones aborígenes, de que la acción refleja es más estensa en el bárbaro que en el civilizado, cuyos centros nerviosos superiores se hallan en condiciones mejores que en aquél para conservar i utilizar la excitación nerviosa venida de fuera. El civilizado reúne más actos conscientes i el hombre inculto, más acción refleja. Las reacciones se verifican por esto con mayor frecuencia en el último (1).

(1) Letourneau, *Sociología étnica*.

Los araucanos antiguos, sobre todo, se distinguieron siempre como individuos imprevisores, aunque ya habían alcanzado cierta escala de adelanto con la posesión de una agricultura embrionaria, de ganados e industrias domésticas. A pesar de las lecciones de la experiencia, no prevenían los fracasos de la pesca o de las cosechas. No dejaban de almacenar sus granos o de tomar otras precauciones sobre alimentación, pero a menudo los vendían o consumían en reuniones i fiestas extraordinarias sin tener presente las necesidades futuras. La vida automática supera a la razonada en los pueblos de grado inferior, la memoria es corta, la atención limitada i especial; el presente ahoga al porvenir.

El espíritu de previsión i de cálculo han aumentado bastante entre los mapuches actuales, sin ser por cierto jeneral a todos los grupos de familias o a los individuos aisladamente.

En resumen, en cuanto al carácter las dos culturas se hallan, pues, en puntos opuestos; dudarle sería una vulgaridad en los tiempos actuales, sería ignorar el pasado i cegarse sobre el presente. Así lo han reconocido los investigadores recientes que patrocinan la teoría de la mentalidad prelógica i los anteriores que han tomado de la sociología etnográfica todos los datos sobre el valor mental de las colectividades humanas, del medio, la raza, la vida material, moral e intelectual, la constitución social, régimen de propiedad, etc. (1).

El consonante estraviaba a Ercilla para dar fidelidad a sus tipos, además de las causas de otro orden

(1) Letourneau, sus obras de sociología étnica.

que llevamos espuestas. En las funciones intelectuales se exhiben como espíritus desarrollados, que usan palabras precisas i clasificaciones exactas, dominan bien las premisas de los argumentos i refutan con acierto; en la vida efectiva sienten con un refinamiento esquisito. Por último, en las manifestaciones del carácter aparecen españolizadas en una parte considerable las cualidades de sus protagonistas araucanos. El conjunto no da, por lo tanto, valores que pueda aprovechar la ciencia etnográfica, como hasta hoy se ha creído.

Era tan evidente la diverjencia colectiva de carácter que existió entre los indios de todo el continente araucano i sus conquistadores del siglo XVI, que no pasó inadvertida para ninguno de los cronistas ni de los capitanes de esa época que anotaron sus observaciones en libros publicados o inéditos. Pero el autor épico de la conquista del territorio chileno, mejor poeta que observador, describe las cualidades morales de unos i otros con un parecido resaltante. No pudo sustraerse en realidad a la tendencia de los poetas i artistas de hacer psicología individual en sus obras para dar belleza i realce a las figuras, sin preocuparse de peculiaridades etnológicas. En esta labor constructiva toma parte también la imaginación para enlazar i completar los hechos, pues sin este trabajo no habría armonía en la exposición. A esta circunstancia se agrega la necesidad de mantener el estilo esmerado que atraiga la atención del lector. Habremos de repetir por tercera vez quizás que el poema es más bien arte en la manifestación de los tipos que una disciplina etnológica.

La trascripción de algunas estrofas dejará bien

de manifiesto la igualdad de perfiles que se nota en los retratos de los caudillos españoles i araucanos.

He aquí como traza el boceto del descubridor de nuestro país en el canto primero:

Pues don Diego de Almagro, adelantado,
 que en otras mil conquistas se había visto,
 por sabio en todas ellas respetado,
 animoso, valiente, francó i quisto
 a Chile caminó determinado.

.....

Varón de preclaras dotes como éste proclama el poeta en el canto segundo a Caupolicán, el cual, a pesar de su espíritu combativo tan ponderado, debió participar de la complexión mental de su raza en cuanto a las particularidades del carácter, lo que equivale a decir que era cruel, versátil, sugestible, imprevisor, puesto que se dejó sorprender; lleno de terrores supersticiosos a los brujos, apariciones míticas i animales; con el estrecho i estrañable apego a la patria local, con la capacidad motora, visual i auditiva propia de los individuos en estado de barbarie.

El ascendiente que tuvo este cacique sobre los de su estirpe debió incrementarse por la circunstancia de ser tuerto (*trauma*), pues los indios del siglo XIX todavía sentían un supersticioso respeto por los que reconcentaban su potencia visual en un solo ojo. El famoso cacique Manín pasaba por brujo debido a una dermatosis que le producía manchas blancas en las manos (1). Se le creía overo.

(1) Averiguaciones del autor a este respecto en varios lugares.

Los rasgos de Almagro se repiten en Caupolicán.

Era este noble mozo de alto hecho,
 varón de autoridad, grave i severo,
 amigo de guardar todo derecho,
 áspero, riguroso, justiciero,
 de cuerpo grande i relevado pecho,
 hábil, diestro, fortísimo i lijero,
 sabio, astuto, sagáz, determinado,
 i en casos de repente reportado.

.....

de este Caupolicán que ausente estaba,
 varón en cuerpo i fuerzas, estremado,
 de rara industria i ánimo dotado.

Lautaro está descrito como una individualidad poderosa, siendo que su condición intelectual no podía llegar a la altura de los que lo habían tenido a su lado en calidad de sirviente, tanto por atavismo mental cuanto por falta de instrucción metódica i larga. Por imitación pudo adquirir algunos hábitos militares, favorecido por la propensión motora de los indios, pero no trasformar su mentalidad hasta adquirir las cualidades superiores que le creó el ambiente de epopeya.

Fué Lautaro industrioso, sabio, presto,
 de gran consejo, término i cordura,
 manso de condición i hermoso jesto,
 ni grande ni pequeño de estatura:
 el ánimo en las cosas grandes puesto,

de fuerte trabazón i compostura,
duros los miembros, recios i nervosos
anchas espaldas, pechos espaciosos.

En el canto treinta bosqueja la fisonomía moral del indio Pran, espía enviado por Caupolicán al fuerte que cuidaba Reinoso, en la siguiente octava:

Luego Caupolicano resolutivo
habló con Pran, soldado artificioso,
simple en la muestra, en el aspecto bruto,
pero agudo, sutil i cauteloso,
prevenido, sagaz, mañoso, astuto,
falso, disimulado, malicioso,
lenguaz, ladino, práctico, discreto,
cauto, pronto, solícito, discreto.

Prescindiendo de la ambigüedad de tanto adjetivo, estos perfiles corresponden más que a un indio malicioso i práctico en la topografía de esos lugares, a un hábil capitán de los Tercios de Flandes, diestro en las aventuras del espionaje i en las artimañas de la diplomacia militar, que tiende a descubrir el lado vulnerable del enemigo.

El carácter se modifica en los pueblos evolucionables, bajo la acción de los acontecimientos, pero en forma lenta, paso a paso; en ocasiones muy señaladas estos cambios son bruscos i rápidos. Se comprende que es el carácter histórico, o sea la reacción ejercida por los acontecimientos sobre el fondo orgánico primitivo, el que se modifica i no el carácter constituido por las particularidades anatómicas i fisiológicas o la raza, mucho más persistente que el

primero. Así, un español del siglo XVI, dominado por la histeria de la grandeza, no era lo mismo que el de hoy, con otras necesidades económicas. El chileno del tiempo de nuestra independencia difiere en condiciones características del actual, con otras inclinaciones e ideales.

No sucede lo mismo en las colectividades bárbaras, en las cuales, por causa de la continuidad mental, la herencia social i el medio, no existe bien desarrollada la facultad de adaptación i las alteraciones de las particularidades se producen con suma lentitud o éstas se hacen permanentes.

(Continuará)

